

cohabitación efímera á perpetuar la familia, es de una importancia escasísima. La mujer no se preocupa apenas sino de escoger el hombre más vigoroso y más bello. Tiene por otra parte el derecho absoluto de escoger quien le plazca, salvo, por supuesto, entre las gentes inferiores á su casta, bajo pena, en caso contrario, de degradación.

Entre los reproductores así escogidos se encuentran, naturalmente, los brahmanes por razón de su carácter sagrado y de su antiguo prestigio. Van los brahmanes de casa en casa á llevar la ofrenda de su preciosa sangre que eleva el nivel de la raza á que se unen.

Gozan los hombres entre los naipes de la misma libertad que la mujer; puede decirse de esta población que practica á la vez la poligamia y la poliandria. Los pueblos pobres practican sólo forzosamente la poliandria; varios hermanos ó varios individuos de una misma casta se reúnen generalmente para disfrutar de la misma mujer. La poliandria se encuentra, por otra parte, en muchas regiones de la India, y muy particularmente al extremo Norte, en las regiones próximas al Thibet, y al extremo Sur, entre las tribus próximas á Madura. En Calcuta la mujer del rey tenía antes, aparte de su real esposo, diez maridos regulares escogidos entre los brahmanes.

Esta poliandria, tan chocante para nuestras ideas modernas, parece ser una institución antiquísima. En el *Mahabharata* se ve, en efecto, á los cinco hermanos Pandava casarse con la bella Dropadi, «la de los ojos de color de loto.»

Cuando muere un naip, no son sus hijos los que le heredan, sino los hijos de su hermana mayor. La legítima pasa de hija en hija, como antes el poder real en Travancore. Los hermanos disfrutan, bajo la autoridad de la madre, el dominio maternal, pero no tienen en él ningún derecho de propiedad.

La constitución de la familia maternal entre los naipes debe estar perfectamente adaptada á la constitución mental de ese pueblo y á las condiciones de existencia en que se halla, puesto que se ha mantenido desde hace siglos á pesar de su contacto

con los musulmanes y los cristianos establecidos sobre la costa de Malabar desde muy antiguo. La conquista brahmánica no ha podido jamás destruirla.

5.º — POBLACIONES DE LOS NILGHIRIS

El gran macizo de los Nilghirris está habitado por poblaciones salvajes de fisonomía muy diferente entre sí. Sus costumbres, de estudio muy interesante, nos ofrecen la fiel imagen de épocas primitivas que desaparecieron. Se las ha dividido en cinco tribus distintas: los todas, los badagas, los kotahs, los kurumbas y los irulas.

Los todas habitan la cima de la montaña y representan la escala más elevada de esta serie. Son poblaciones exclusivamente pastoriles, que hablan un dialecto canarés. Se supone que son emigrantes venidos de Karnara hace ocho siglos. Su número no pasa de un millar.

Los badagas son inmigrantes venidos del Mysore, hacia el siglo XVI. No difieren apenas de los habitantes de la llanura sino por un grado menor de civilización. Forman la población más numerosa de la montaña. Su número es aproximadamente de 25.000. Son poblaciones agrícolas. Su lengua es generalmente el canarés.

Más abajo de esas dos poblaciones, cuyo origen es bien conocido, se encuentran los kotahs, los kurumbas y los irulas, cuyo número total no pasa de 3.000. Son, sin duda, residuos de poblaciones aborígenes. A sus antecesores se atribuye esos monumentos megalíticos, análogos á nuestros dólmenes y menhires, de que está cubierta la región. Hablan dialectos dravidianos parecidos á los de los habitantes de la llanura con los cuales están en contacto; los kotahs representan el elemento industrial de la montaña. A los irulas, que viven en la base de ésta, en las selvas, puede clasificárselos entre los últimos ejemplares de la especie humana.

Vamos á examinar sucesivamente la fisonomía, los hábitos y

las costumbres de esas diversas poblaciones de que acabamos de indicar el origen.

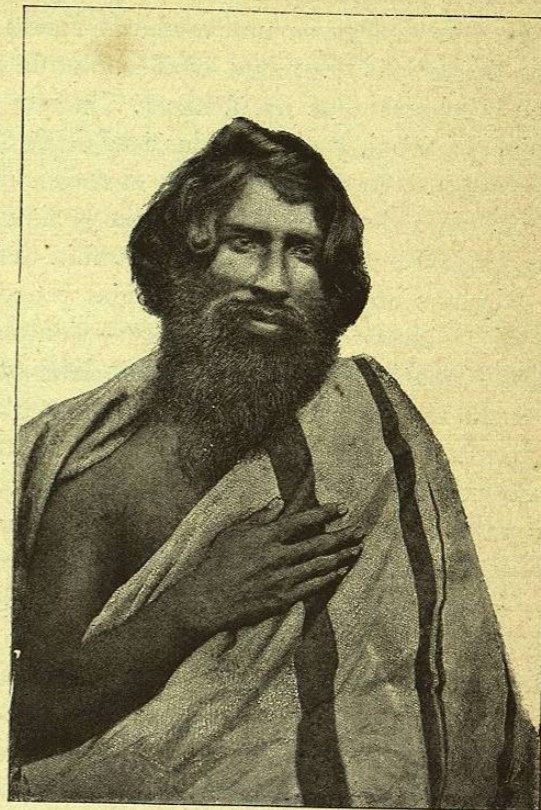
Todas. — Los todas son, como ya hemos dicho, los más adelantados de los pueblos de los Nilghirris. Bastante altos de estatura, su cabellera es negra y abundante, su barba igualmente poblada y ensortijada, sus labios gruesos, su nariz generalmente derecha y muchas veces aguileña, su andar elegante. La dulzura de su carácter, su alegría, su amabilidad, su candor, sus hábitos pacíficos, su gusto en el vestir, su fisonomía, su distinción natural hacen que no pueda confundírseles con groseros salvajes. Representan más bien el salvaje ideal, el hombre de la naturaleza tal como se complacían en pintarlo en el siglo XVIII Rousseau y su escuela.

El nombre de Toda significa *pastor*. La única ocupación de los todas es cuidar de sus rebaños. Los buenos pastos de los Nilghirris nutren magníficos ganados; la leche que proporcionan constituye la base de la alimentación de los habitantes. Así los todas veneran á sus ganados hasta la adoración. La vaca es para este pueblo, como para los badagas, el animal sagrado; su iglesia es el establo y su sacerdote lleva el nombre de Palal ó gran lechero. Ordeñar las vacas y hacer manteca ó queso son ocupaciones santas que revisten de un carácter augusto al que se dedica á ellas. La divinidad suprema es una vaca ilustre por su genealogía, y el gran pontífice algún pastor más experto que los demás en el arte de criar y de cuidar las bestias.

La vaca, el animal sagrado, interviene en todas las ceremonias y preside todos los acontecimientos importantes de la existencia. Cuando el toda nace, se le pone bajo la protección de los rebaños; cuando muere, se hace desfilar ante su cadáver todas las vacas de su tribu, y se inmolan dos que deben seguirle al reino de las almas. En ciertas épocas del año se atribuyen los pecados del pueblo á un ternero llamado *Bassava*, y en seguida se lo echa á palos al fondo de los bosques y se supone que su huida purifica la nación. Es esta, como se ve, una costumbre idéntica á la del macho cabrío emisario de los hebreos.

Además del culto de las vacas, los todas, lo mismo que todos los pueblos primitivos, adoran las almas de los muertos. Cuando uno de ellos sucumbe de muerte violenta, se figuran que su espíritu vuelve anima-

do por el deseo de venganza á vagar alrededor del arma que le hirió, y el cuchillo ensangrentado ó cualquier otro instrumento de muerte se transforma para ellos en cosa respetable que colocan entre sus otras reliquias, las mantequeras, los botes de manteca y los moldes de queso. Una superstición curiosa de los habitantes de los Nilghirris consiste en ver en los kurumbas, esos groseros habitantes de los jungles, habitados á los miasmas deletéreos y que lan-



Toda de los Nilghirris
(De una fotografía de la colección de M. Brecks.)

guidecen en un aire insalubre, magos de un poder sin límites. Una desgracia cualquiera sobreviene á una familia, diezma los rebaños de los badagas una epidemia, se llama precipitadamente á un kurumba y se le suplica que detenga el mal que ha causado. Acata complaciente el salvaje esta opinión que le da importancia, comienza á gesticular, á dar vueltas sobre sí mismo y después se echa al suelo dando alaridos.

Los todas profesan igualmente un respeto religioso por los árboles. Sus casamientos, que son por otra parte de lo más primitivo, no son oficiales sino cuando la prometida ha llegado sin obstáculo al séptimo mes de su primer embarazo. Los esposos van entonces á pasar una noche al fondo del bosque al pie de uno de los más hermosos árboles, bajo la protección del cual ponen la criatura que va á nacer. Cuando nace, el padre toma hojas del árbol, y plegándolas á modo de copa, vierte en ellas algunas gotas de agua; después el recién nacido y sus parientes deben humedecerse los labios con el líquido, y por esta especie de comunión mística queda la familia definitivamente fundada.

Algunas importantes ceremonias preceden además al matrimonio. Cuando un joven escoge — siempre dentro de su propia casta — una joven y es aceptado, debe comprometerse á pagar por ella una cierta suma á su futuro suegro. Este le pone el pie sobre la cabeza y le reconoce como su hijo. Después la desposada es conducida en traje de fiesta y acompañada de cantos á su nueva casa. Se prosterna allí ante su marido, que á su vez pone el pie sobre su cabeza; los suegros hacen lo mismo. Se la envía entonces á buscar un cántaro de agua, y el cumplimiento de este insignificante encargo doméstico indica que llenará en lo sucesivo en la casa el papel de sirvienta.

El casamiento así celebrado no es, por otra parte, sino un ensayo de matrimonio. No es, en efecto, reconocido sino al séptimo mes del primer embarazo, cuando en un alegre banquete la mujer se pavonea y enseña á todos la transformación de su talle y su marido le ata al cuello una cinta que recuerda el *tali* de los naires.

Los todas son polígamos y poliandrios, pero bajo aquella forma primitiva en que todo un grupo de hermanos se casa con todo un grupo de hermanas y en que cada mujer tiene varios maridos todos hermanos, y cada marido varias mujeres todas hermanas. Cuando un hombre se casa, se casa no sólo con su mujer, sino con las hermanas doncellas de ésta, que le pertenecerán sucesivamente cuando lleguen á la pubertad y de las que se

convierte en dueño con sólo pagar el precio que se comprometió á dar por la mayor. Por otro lado, sus hermanos tienen el derecho de poseer todas sus mujeres con la condición de ayudarle á pagar la suma convenida. A pesar de tantas facilidades matrimoniales y de la posibilidad del divorcio, los suicidios por contrariedades de amor no eran raros, según parece, en esas poblaciones primitivas: esta aserción, empero, creo que merecería ser sometida á un examen formal.

Se reparten los hijos según las edades entre los diferentes maridos de su madre: el mayor pertenece al esposo en propiedad, el segundo al mayor de sus tíos, el tercero al segundo tío, y así sucesivamente.

Tienden estas costumbres primitivas á desaparecer entre los todas. Los que de entre ellos son bastante ricos para comprarse una mujer y poseerla solos, están muy orgullosos y dejan la poliandria á las clases bajas.

A la muerte de su padre los hijos heredan por porciones iguales. No obstante, el más joven conserva la casa con la carga de recoger en ella y en ella mantener las mujeres de la familia.

La propiedad no existe entre los todas, ó al menos está limitada únicamente á la casa y á los objetos muebles. La tierra es poseída en común y no sirve, por otra parte, más que para producir hierba para los rebaños, pues los todas no se dedican á la agricultura.

No se dedican tampoco á la caza y casi ni siquiera tienen armas. No aspirando más á atacar que á defenderse, conténtanse, para evitar la invasión de sus cabañas, con hacer muy bajas las puertas.

Viven los todas, como los badagas, en ciudades; mientras que los kotahs y los kurumbas habitan miserables chozas, y los irulas viven en hoyos al abrigo de los árboles, como las bestias.

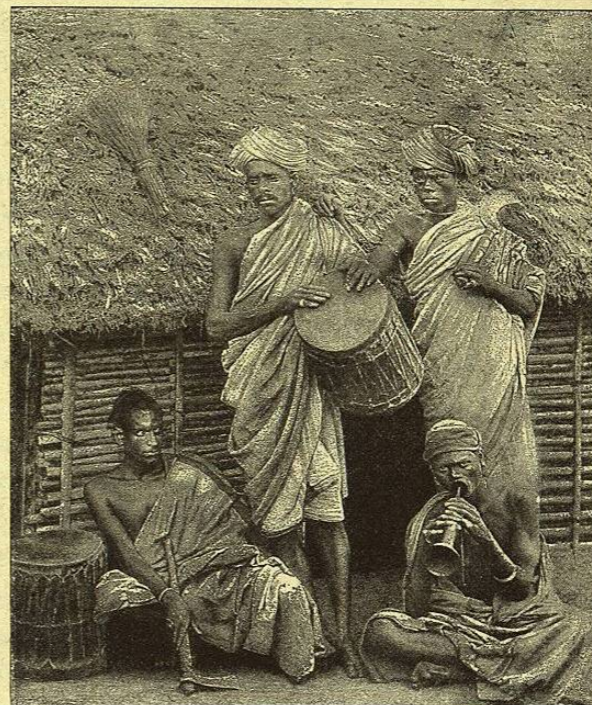
Badagas. — No tienen los badagas ni en su aspecto ni en su carácter la gracia y la nobleza de los todas. Son más pequeños, más negros, los cabellos escasos, la barba rala, la nariz remanada y los labios gruesos. Son astutos, duros y avaros, y se em-

brutecen por el uso del opio. Constituyen el pueblo más numeroso de los cinco que habitan los Nilghirris. Toda la agricultura de esta rica comarca está en sus manos, lo que no les impide ser pastores. Los badagas tienen algunas creencias análogas á las de los todas, pero se aproximan al brahmanismo por la semejanza de su culto. Veneran á Linga y adoran á Siva bajo la forma de un toro. Sus matrimonios son tan fáciles de realizar y tan complicados por el número de mujeres y de maridos como los de sus vecinos los todas. Las ceremonias de los dos pueblos son poco más ó menos semejantes, y se distinguen igualmente por la confusión que se produce en ellos entre las manifestaciones de dolor y las de la alegría; los todas y los badagas acompañan sus felicitaciones con sollozos, se lamentan danzando y celebran sus funerales en medio de orgías.

Kurumbas, Kotahs é Irulas. — Estas tres tribus son, desde el punto de vista etnológico, muy distintas de las precedentes. Representan vestigios de antiguas poblaciones aborígenes. Son de las razas ruines, con la piel negra, la barba áspera y erizada y los cabellos lanudos, al menos en los hombres. Los labios son gruesos, el pecho plano, los brazos largos y las piernas cortas. Esta descripción se refiere sobre todo á los kurumbas y á los irulas. Algunos viajeros han hallado una gran analogía entre estas poblaciones y los indígenas de la Australia.

Los *kurumbas* habitan al pie de la montaña en grandes cabañas donde se reúnen varias familias. Estos pobres seres son á la vez temidos y menospreciados por los badagas y por los todas; las mujeres de estos últimos pueblos se desmayan á veces de pavor al ver de improviso kurumbas. Préstanse, por otra parte, estos desgraciados á hacer el papel de hechiceros, condición que les atribuye la credulidad de sus vecinos y que les vale en definitiva más golpes que regalos. Sus profesiones son variadas, pero poco productivas. Se hacen adivinos, magos, cantores ambulantes, y frecuentemente se contratan también como criados de los habitantes de la llanura. Saben cultivar algo el suelo y laboran la tierra con bastones puntiagudos.

Los *kotahs* no son sensiblemente superiores á los kurumbas, y llevan la misma miserable existencia; conocen diversos oficios y representan entre esos pueblos de la montaña la clase obrera. Sus modestas industrias, empero, no les enriquecen apenas. Sufriendo hambre casi perpetuamente, los kotahs no se sacian verdaderamente más que el primer día del año. Ponen entonces en



Irulas de los Nilghirris. (De una fotografía de la colección de M. Brecks)

común todas las provisiones que se han podido proporcionar y consumen tanto alimento como pueden durante cuarenta y ocho horas.

En cuanto á los seres colocados en el último grado de esta cadena, los irulas, viven en las selvas al pie de los Nilghirris. Completamente negros, encorvada la espalda, largos los brazos, delgadas las piernas, la cabellera rebelde y erizada, respiran el

aire funesto del Terai, que ha venido á ser para ellos, por una asimilación secular, la atmósfera necesaria y saludable. Si abandonan sus rincones infectos por el libre espacio y las brisas puras de las costas ó de las llanuras, se debilitan y mueren. Los salvajes que los rodean, ya tan groseros, los abruman de menosprecio suponiendo que viven con los tigres y que sus hijos crecen confundidos con las crías de los animales de todas clases.

Tienen los irulas con todo una virtud, la de la absoluta franqueza; acaso su inteligencia no se eleve hasta la ficción; el hecho es que la palabra de estos seres desgraciados prevalecería contra los juramentos más sagrados de los bracmanes.

Por toda industria trabajan los irulas el mimbre. Constituyen la base de su alimentación raíces, frutos y bayas salvajes.

6.º — GRUPOS DIVERSOS DE POBLACIONES SALVAJES DEL SUR DE LA INDIA

El macizo del Anamalah, que se levanta al Sur de los montes Nilghirris, encierra también tribus salvajes análogas; pero es preciso siempre exceptuar de esta comparación á los todas, que, como hemos visto, forman un grupo completamente aparte.

Los habitantes del Anamalah son los kaderes, que se llaman señores de los montes y se creerían deshonorados si cultivasen la tierra; se dedican á la caza. La agricultura está abandonada á los malsares, y los paliyares son, en fin, pastores ó mercaderes. Estos últimos dejan llegar hasta los riñones su cabellera espesa y rebelde, lo que les da aire de feroces. Los antropólogos creen poder conexas estas razas á las negras del archipiélago malayo.

Otros grupos salvajes protodraividianos se encuentran aún en la India meridional. Se parecen estos grupos más ó menos por su aspecto, sus costumbres, sus ocupaciones y su religión, que no es sino un grosero fetichismo unido á la adoración de los espíritus, á los pueblos que acabamos de describir. Mencionaremos someramente los más principales de esos grupos. Son estos:

Los *chanares*, que ocupan la extremidad meridional de la península, el Sur de Travancore y el cabo Comorín. Ascienden aproximadamente á 500.000, de los cuales 100.000, poco más ó menos, se han convertido al cristianismo. Los otros rinden culto á los espíritus de los muertos. Elévanse á la entrada de sus ciudades pequeñas pirámides sobre las que depositan ofrendas y frutos, granos y flores, destinados á atraer la protección de los buenos genios. Los chanares se dedican exclusivamente al cultivo de las palmeras. Estos preciosos árboles bastan á cubrir todas sus necesidades, pero su explotación es ruda y fatigosa. Hablan los chanares la lengua tamul, lo mismo que sus vecinos los ilavas, que no se diferencian de ellos gran cosa.

Sobre las alturas de los montes Alighirris, que prolongan al Sur el macizo del Anamalah, habitan los *kanikhaves* que construyen sus ligeras habitaciones en las ramas de los árboles á fin de librarse de los venados de toda especie. En ese pueblo primitivo la propiedad es desconocida y los bienes son comunes; han pasado ya, sin embargo, de la poliandria á la monogamia, progreso que raramente se observa en los salvajes de la India.

Los *nayadis*, de los que habitan algunos alrededor de Calcuta y los demás en las cercanías del lago Pulikat, forman una de las más miserables poblaciones salvajes del Sur de la India. Recientemente no sabían aún encender fuego sino por el frotamiento de dos ramas secas.

Los *kolleres*, que pueblan las regiones montañosas de Coimbatour y de Madura, han renunciado desde hace poquísimo tiempo á las costumbres sangrientas. Antes un hombre que quisiese llevar la desgracia á su enemigo, cogía uno de sus propios hijos é iba á degollarlo al umbral de la casa de aquel á quien odiaba.

7.º — POBLACIONES DE LAS PROVINCIAS CENTRALES Ó GONDWANA

Terminada nuestra somera descripción de las razas del Sur de la India, remontaremos hacia el Norte del Dekkán y tendremos la vista sobre el sombrío macizo del Gondwana, situado al